

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripcion: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Enero 4.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 42.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XIII.

De la maravillosa aventura del Palacio encantado, sin igual, ni semejante, en las historias de Calallerías.

Non es de caballeros el reposo, mas la liza y la lucha, dijo Don Quijote á los que en la ciudad retenerle aun intentaban; así que, pasados dias pocos, determinó salir de lo poblado en busca del limpio sol y clara luz de los campos castellanos, con no escaso sentimiento de gentes, damas y varones. Preguntó á Don Quijote el hostelero, á dónde se encaminaba? y dijo Sancho:

—Preguntára yo, si fuera que vos, á dó no debe ir el caballero, pues es cierta cosa y averiguada; mas saber adonde se ha de ir sábenlo las bestias solamente, que es el su mirar siempre al suelo y vencen al hombre en vista y en olfato; y apostára yo á que mi amo y señor ha de dejarlas agora todo el cuidado y dificultad de este negocio.

—Así es la verdad, dijo Don Quijote; y mientras que Rocinante pasó á paso dirigia los suyos á su gusto y por su instinto, habló al hostelero el invicto de la Mancha estas palabras:

—Faceros fuera gran disfavor y, lo peor de todo, agravio, el pedir os cuenta de la monta y costa del gasto ocasionado por mi estancia y cura en este gran castillo, cuanto mas que no han ni han de haber monarcas tal moneda ni paga mas valiosa que verdaderas gratitudes; mas debiendo, señor huésped, obedecer y cumplir como á la orden que profeso corresponde, ved que entuerto habeis que enderezar, desafuero que vengar ó desaguizado que desfacer, que os juro por Dulcinea que así quedeis limpio y limpiado y quito cual la limpieza misma.

Sancho no oia estas razones, como

quien se habia puesto en salvo tomando buena delantera en su camino; y el hostelero lloraba que no sentia la marcha del caballero, como sabedor de que le seria pronta y generosamente satisfecha la cuenta del gasto hecho, la cual ajustó el dueño de la hostería en dos mil ducados nada mas, atendidas las dificultades y pobreza de los tiempos, pues que, en ley de justicia no estaba bien pagada con otro tanto. Y aún ruegos y melindres. Y para tasar, huéspedes, y para pagar, rufianes.

Y así el rucio y no otro señaló el camino á Don Quijote, por ir delante-ro, y Rocinante fué á la querencia de su compañero de trabajos, como acontece veces tantas; conque salió de la ciudad el manchego invicto entre los aplausos, vítores y aclamaciones que nadie há sino caballeros de aventuras.

Y en cuanto alcanzar pudo Rocinante al rucio, que fué tardando, dijo Don Quijote:

—Véote mohino y taciturno, Sancho, contra tu costumbre, y algun grave pensamiento te está majando el alma.

—No majan, dijo Sancho, mas muelen; y de la justicia es no tomarla por la propia mano.

—Ahora ya te entiendo, dijo Don Quijote, y veo y palpo como eres enconoso, que no era así de pensar en tí; sobre todo, en tan grave asunto como el de Dulcinea.

—No se que tengan que ver mis carnes con desencantos, replicó Sancho.

—De eso podré decirte, añadió Don Quijote, que nada sabes, pero no podrás negar como todo penitente ha ido á parar al mismo lugar y sitio con todas sus cuentas, que debe ser el mas apropósito y él mismo lo manifiesta; ni querrás ser mas sábio y ajustado que los penitentes del yermo y la justicia pública que azota por calles y plazas á los merecedores de castigos.

—No soy ajusticiado, repuso Sancho.

—Eres mucho mas, contestó Don Quijote, pues estás constituido en lugar de mi misma persona; y el escude-

ro, moralmente hablando, es como pedazo y porcion de el caballero á quien sirve y así es dolerme á mí mas que á tí cualquiera prestacion de este servicio de que hablamos.

—Pues no oí yo que su merced se quejase al tiempo y sazón en que yo me vapulaba, interrumpió Sancho.

—Eso se funda y consiste, replicó Don Quijote, en que el anhelo y ánsia de ver aparecida á Dulcinea, distrae y saca de quicio, y es menor el dolor que el deseo y la pena y que la pasion de ver en toda su claridad la belleza por excelencia; y así te habrá sucedido que se te haya suspendido y olvidado un dolor de muelas cuando alguna repentina emocion te haya sobreenvenido.

—No sé de mociones, repuso Sancho, sino que si en este mismo instante y lugar no me hiciere su merced formál promesa y juramento de no volver mas á las andadas, así páse yo de aquí como por los cerros de Úbeda; y á fé que bien me estarán esperando mi Teresa y Sanchica y llorando olvidos é ingratitudes.

—Témome mucho, Sancho, exclamó Don Quijote, de lloros y deseos de tu mujer y de tus hijos, despues de los siglos transcurridos.

—Si que me duerma yo en las pajas, dijo Sancho, habiendo, como ya las hay, *telas de gafo*.

—No se que cosa sea ese telar, dijo Don Quijote, pero sé que gafo es llamado el leproso ó contraído y encojido de sus nervios.

—No hay nervios que valgan, dijo Sancho; sino que la *tela de gafo*, ó grajo, es un telar que así es tocar en él como hacer saltar y brincar á todo el mundo y todas y cada una de sus partes, y los saltos y cabriolas todos aparecen á los ojos en un manicordio que quien lo sabe le tañe. Y no hay sino entender lo que dijere.

—Danza es esa nueva y original por todo extremo, exclamó Don Quijote; y ahora es verte ir danzando á tu propósito.

—Pues así que yo ví como el telagrajo respondia á cuanto querian pre-

guntarle, bien que preguntáran á los mismos Traposvanos, mandé mi recado á mi aldea por saber de mi mujer y la mi hija, de las cuales se decir á su merced como están tan sanas y salvas como en la otra vida.

—Y cuenta que la noticia ha de ser cierta, dijo Don Quijote; ¿y no te vino á las mientes, ingrato, hartodeajos, preguntar por Dulcinea?

—¡A mi con esas! respondió Sancho, ¡pues y bonico soy yo para dejar pasar brevas pregonadas habiendo los dineros á la mano; y agora que tengo en el lazo palomo torcazo! y piensan enamorados que tienen los demás ojos quebrados.

—Acaba, Sancho, y deja los refranes, ó ¡vive Dulcinea que haga en tí tal escarmiento que acabe con cuantos escuderos haya en el orbe!

—Y Sancho, que pregunta tal tocante á Dulcinea ni hecho habia ni acordado tan solo, respondió:

—Albricias, mi señor, y buenas nuevas, pues mi señora Dulcinea se halla en el caso mismo que mi Teresa; digo, en lo de encontrarse sana y terete.

—Ahora sí, dijo Don Quijote; ahora sé como aún eres casado, pues antes mucho me temí de esa otra vida que digiste. ¿Y no preguntaste todavía mas de eso?

—¿Que si pregunté? contestó Sancho; y bien sabe el asno en cuya casa rebuzna, y á mí con esas, los graciosos! ¡si que entre tontos se anda el juego!

—Pero qué mas preguntaste, en fin? bestion indómito, dijo desesperado Don Quijote.

—No hay poder traer aquí una á una las palabras todas, dijo Sancho, que por satisfacer á su merced se enviaron, remitieron y despacharon á mi señora, mas su contestar fué que estaba, permanecía y afincaba en su vestir de labradora, y no en el envoltorio, baratija, arrumaco y barullo y heregía de estos tiempos por honor y ventura de su merced, y tal era necesario.

—¡Y todo eso me ocultaste! majadero, dijo D. Quijote. ¿Pues y no ves ahí resuelto y desatado el problema y ñudo del encantamento hasta ahora no averiguados de Dulcinea? Y ve como el manto de Ceres ó de España, son los trajes hijos de las campiñas maternas y sus patriarcales moradores, y no los extraños inventos abigarrados; cual la desnudez es propia del sucio Baco y sus sensuales coristas, y la armadura y acerada cota

son vestidura de Minerva magestuosa: conque Dulcinea adórnase cual se debe Sancho; y es así muestra y modelo de toda señora ilustre de bien andante caballero. Otros la dieran galas orientales y preseas y joyas amontonadas, juzgando mejor hacer para su renombre y gloria, y erraran, á fé mia, cual su mismo caballero ha ta hoy se anduvo equivocado. Ya no hay tal encantamento, ¡ó mi escudero felicísimo! y tuyo, y solo tuyo pudo ser el así bien desatar de este ñudo gordiano. Por donde se conoce y palpa cual sea el valor de dos simples y descabalados golpes, pues mas no recibiste, administralos en buenos tiempo y sazón, y que sin duda hubiste, como en otra ocasion te hice entender, error de suma, pues así fué el concluir de tu vapuleo como quedar desencantada Dulcinea, lo cual presto pudiera ponerse en toda claridad con enviar un pequeño recado á Montesinos.

Sancho, que tan sin saberlo ni pensarlo habia dado cima á tan gran propósito, frotándose á toda prisa en ambas manos, exclamó:

—¿Conque ya, señor mio de mi ánima, soy del todo quito de mi promesa y ofrecimiento dulcinesco?

—Tan quito como mi padre, respondió Don Quijote; en perpetua y singular y jamás oida memoria del cual acontecimiento acuerdo, propongo, resuelvo y determino facer tal Paso de Armas que asiente y selle memoria eterna en los fastos todos de los rodantes orbes; y juro, además, non yantar bajo techado, mi mas pan á manteles fasta que voto tal tremendo cumplido quitamiento fallare y hubiere. Tambien digo, Sancho, y procura buen recuerdo y particular apuntamiento de éllo, que me reserve del todo señalar el sitio y lugar apropiado y conveniente para ello, y las condiciones particulares del Pregón, y los modos y maneras del Cartel, no menos que las armas y las horas, no hayamos luego pendencia.

—Digo que si, contestó Sancho; y que puede su merced guardarse y tomarse cuantas bambollas y bamboleos quisiere, y quitarse y quedarse sin los pasos y pasavoleos que le vinieren en gana; cuanto mas, que ¿quién me va á mí á la mano? y desnudo nací y desnudo me hallo; y cada uno en su casa; y cada gallo canta en su muladar; y en la casa del albugero todos son albugues, y el abad de lo que canta yanta.

¿Mas, á qué, hijo, tantos refranes?

¿No pudiste, desventurado de ti, decir lo que quisiste sin esa gavilla y amontonamiento de disparates?

—Como su merced sabe latin, dijo Sancho, no ha menester tales manufacturas ni condimentos, sinó que, allí donde lo ha menester engasta, encaja, monta y embute una sentencia del mismo Aristóteles ó de Séneca; mas yo, como ignorante y porro, he de acudir á los refrancicos, quiera ó no quiera; pues el hablar sin alerezo ni sahumero no ha sufrimiento que le soporte y sobrelleve; además, que no hay tal palabra de do tor como una sentencia, ni tal hacer callar como el dar en que pensar; y habla sin autoridad es habla perdida.

—Ahora sí, eres Sancho, exclamó Don Quijote; y si Sancho eres, y ya libre, ve lo que determinas en lo de irte á tu mujer y tu hija Sanchica, y repara como vuela el tiempo.

Sancho dejó el ramal del jumento bajo la albarda, posó entrambos codos sobre ella, y con la barba sobre los puños se puso á meditar; conque al cabo de buen espacio exclamó:

—Sin él ó con beneficio no abandones el tu oficio; y á piedra movediza no la cubre moho; y por sí ó por no poneos, señor, vuestro capirote; y hoy me iré, mañana me iré mala casa mantendré, y sirve á señor noble bien que sea pobre y pobre; ¿y á que su merced me ha entendido mejor que en palabras derechas?

—No hay dudar en ello, Sancho, y habla del sentimiento son refranes cual del entendimiento las razones; ni hay para corazones language bastante en todos los armarios de la ciencia. Y necio y torpe es quien declara al saber padre de refranes, pues son obras de gentes no letradas, mas libros de libros.

Habian seguido amo y criado sendas y senderos sin llevar camino, ni advertir otra cosa, en lo del caminar sino que iban de cara al mediodia. Y apareciöse á la boca de la sierra un antiguo monumento solitario, palacio todo rodeado de colinas y selvas y arboledas. Recojáse á lo alto de su torre tupida bandada de palomas salvajes y latían roncós los mastines fieles guardas del recinto.

—Vea aquí su merced, dijo Sancho, cual son juntos miedos y bellezas en ese abandonado y viejo alcázar en medio de este angosto y mustio valle.

—Belleza vale tanto como decir amor, contestó Don Quijote; pues bello es todo cuanto atrae y lleva hácia sí, como lo feo es cuanto disgusta y

repugna á limpios sentimientos. Amóroso se te pinta este encantado alcázar porque lo misterioso todo eleva al alma á su propia mansion toda maravillas, quitadas prácticas miserias y diarias reconocidas vanidades; y tiemblas y temes porque choca y contrasta tu debilidad con la magnitud y asombro de lo maravilloso. Así que solo hay valor en el cumplimiento del deber por tranquila conciencia, y la temeridad es alarde de orgullo envuelto en ignorancia.

—Que me ahorquen, dijo Sancho, si no ha estudiado su merced con Merlín el sábelo todo; ¡y qué pareceres y sermones y capítulos! que no sé como su merced no ha dado en predicador y no en andante caballero por despo- blados.

—Erraste, pues, de medio á medio, Sancho, replicó Don Quijote; que el predicar en desierto no es aquí donde agora te encuentras sino en ciudades; y en estas soledades no han réplica ni repulsa las verdades sublimes, y vánse derechas á su templo por homena- ge y noble y justa ofrenda.

—A mas que el Bachiller Avellana- do, no ha de ser tan omiso ni indo- lente, añadió Sancho, que tan sabrosa plática se haya de dejar en el tintero; y solo es mi sentir doloroso que no le oiga bien á su merced lo que digere.

—Olvidado has, Sancho, como todo esto va por vía y por hilo de encanta- mento; sobre que ignoras como cuan- to se habla y obra queda todo grabado y aun esculpido, sin quitar las imáge- nes de las materiales cosas, las cuales al volar por el áire, si encontraren quien las estorbe en su camino y las detenga, hasta á nuestra vista se ha- perceptibles, segun te lo manifiestan los espejos. Y así puédense ver, en lo posible, hasta las virtudes; por lo que la prudencia resalta al chocar con el descomedimiento, la heroicidad al dar contra el desmandado egoísmo, y la eterna hermosura de la fé al tropezar en la roca desierta de la incredulidad, que es mal de males. Y el cerrar de los ojos á la vida es, San- cho, el abrirlos para verla; y bien así está determinada la inmovilidad de los cadáveres. ¡Si ellos se movieran!

Y érase el palacio adornado en su frente de largas galerías de columnas y cuadrados no simétricos torreones; de él parte á lo arriscado de la inme- diata sierra una estrecha senda que se revuelve como gran sierpe entre robles y espinos y zarzales. El eco del mugido de las fieras se estrella con- tra la obra del hombre de otros siglos

y á veces así bien las frases de los te- merosos; pastores y perdidos viandan- tes. Quítanse de lejos unos y otros sus sombreros al pasar por las cerca- nías del antiguo monumento y santí- guanse y rezan por vieja y costumbre acreditada.

Conque, no dando oídos á los con- sejos de Sancho, entróse Don Quijote por la hundida y barrosa puerta prin- cipal del átrio, y llegó á un patio en cuyo frente manaban delicadas venas de sonoras aguas. Tres ninfas, como en una sola confundidas por estrecho abrazo, ordenaban el reparto de las rientes linfas, al caer como menu- do, brillante aljófár sobre marinas conchas delicadas; esbeltos y cincela- dos arcos de aéreos sillares circufan el cuadrado recinto como tumba si- lencioso; una sobre otra galería reci- bían incierto el último apenas ya dorado rayo del doliente sol que tras- ponia las cumbres de los montes azu- lados.

—¡Quién va allá! dijo en ronco y os- curo acento una voz que brotaba del segundo andén del edificio.

—Andante caballero de los que á sus aventuras van, dijo Don Quijote.

Y trascurridos algunos inciertos y sombríos instantes comenzaron á sen- tirse desiguales, alternados y fuertes pasos que penosamente descendian la ancha escalera.

—¡A del castillo! dijo Don Quijote, apeándose de Rocinante; ¿y dónde bueno los caballeros de la Casa, que no aparecen? ¿en la selva y montería, por ventura?

—No sino mas lejanos, dijo el cojo y viejo Mayordomo. Era hombre pe- queño, grueso, velloso y torcido.

—¿Acaso por la Corte? dijo Sancho.

—Fuera de los términos de esta vi- da, contestó el Mayordomo, hundido ya en la casi subterránea caballeriza, á la cual llevaba pausadamente á Ro- cinante y al rucio.

—Mala, señor mio, la hubimos, dijo á su amo Sancho.

—Ceñuda ella es, contestó Don Qui- jote, y encantado de los de Amadís es el castillo; y por demás solitario, y la noche viene.

Un fuerte golpe de viento repenti- no cerró el portón con estruendo y golpeó el ventanage carcomido.

Y saliendo el Cojo de la cuadra co- menzó á subir las gradas de la esca- lera, murmurando malhumorado; siguiéronle Don Quijote y Sancho, casi á oscuras, rozando los ruinosos muros, bajo techumbres dobladas al poder de su vejéz; y tras corredores

y pasadizos dieron en un desmantela- do salón, no mejor que la escalera. Silvaba y mugía el viento por las grietas de puertas y biómbos y por las brechas de los muros.

—Aquí es vuestro aposento, dijo el Tuerto, y aquí vuestro lecho, entran- do luego en un nicho de la sala.

—¿Y vos, el Maestresala? preguntó Don Quijote.

—Raro es el sueño, dijo el Mayor- domo; mas, por si le hubiere, para ese caso es la alhacena del pasadizo, Señor Don Quijote.

Y mostró al lejos un cajon arrima- do á la pared.

—¡Sabe, de mi persona el Maestre- sala! dijo el caballero.

Antes de que aquí llegara el caba- llero; como acontecia en tiempo de mi señor. Y produjo un gesto maléfi- co. Oíga su merced como dan las diez. Es hora señalada.

—Presto dan, dijo Don Quijote: ¿Y el señor de su Señoría?

—El Rey Don Felipe, hijo del Em- perador Don Carlos el primero, ven- cedor en Lepanto respondió el viejo.

—Conocíle dijo Don Quijote.

—Las diez! á esa hora era el llegar aquí siempre Don Felipe, continuó el Mayordomo; y diez veces aquí estuvo cabales; y en diez horas hacia su ca- mino desde su Corte; y traíanle diez de sus caballos la carroza. Diez años tardaron en hacerle este palacio; otros diez aquí estuvo Doña Isabel de Ossorio, que le habitaba; á los diez años de la muerte de la señora murió el Rey; veinte veces diez años ha que está abandonado este recinto.

—¡Mágica gasta el tuerto! murmu- ró Sancho.

—Y en tal dia y tal hora cual estos en que nos hallamos tomar suelen movimiento las esculturas de este palacio; y vuélvense para acostarse del otro su lado las yacentes estatuas de los sepulcros.

Dió un golpe el viejo sobre un tro- zo hueco de madera, sacó del una manija encendida y prendió con gran flema con pajuela la mecha de la lám- para de mano que estaba sobre la gran mesa de madera sin zofra.

—Estos, Sancho, dijo aparte entre tanto Don Quijote á su escudero, son los encantamientos de la tierra toda desde Caín el maldecido.

—¿Piensa, pues, su merced degollar al Tuerto? dijo Sancho.

—No se que pienso, dijo Don Quijo- te, sino en topar el lugar en que deba hacérsele la ferida, pues estos en solo un punto pueden ser feridos. Y

es el caso inventarle; pues de otra suerte el taladrarlos no es sino quitar el tapon que los detiene y dar franco paso y salida como á mil legiones de diablos.

—¡Oxte! exclamó Sancho; y cuiden de los muy bellacos retenidos, y como es el dar con la maltriguera!

El Mayordomo prendió en la lámpara la torcida dispuesta en cierto vaso, que metió dentro de una linterna, la cual así que tomó en su roja mano, dió un golpe de pié á la pared, con el que se abrió casi la mitad del muro, dejando descubierta la inmediata sala, toda de espectros, fantasmas y esqueletos varios revestida, que parecía osario, pues sobre fondo negro y hondo todos los dibujos y huesos blanqueaban.

—La de mi padre es esta, y no es momia vieja, dijo el Tuerto, que toda las demás son de personajes mas ó menos conocidos en las historias, créanlo ó no, pues lo mismo importa. Y si su merced algo la preguntare con confianza absoluta presto verá como ella responde.

—Mas que viejo vuestro padre vieja y decrepita es la vuestra noticia, señor Maestresala, dijo Don Quijote; y responden, ó no, todos estos trastos de desván segun les preguntaren, y vos hacerlo podreis, pues yo no puedo.

Hizo negativa señal la calavera de la momia con que quedó asombrado el Mayordomo.

Como todo este ejército de embeleco puede dar consigo todo en el suelo, si tal se me antojare, y casi se me antoja, exclamó en rudo acento Don Quijote; con que quedóse el Tuerto estático.

—Eso ha de hacer su merced y señor mio, añadió Sancho, confuso y atónito y medroso; y serle ha en descargo de su conciencia, pues no han de ser menos que diabólicos estos enrelos.

—¡Ahora bien, gritó Don Quijote, y vaya toda por el suelo la fe nentida canalla en virtud solamente de mi transmitido mandato de caballero!....

Y á una tiempo mismo desplomáronse los esqueletos y fantasmas con el ruido seco y que hacen huesos que arrojan sobre monton de ellos en osario.

Y tambien desplomáronse Sancho y el Mayordomo, así que hubieron notado las consecuencias del mandato. De Sancho fué decir como además habia visto gran bandada de cuervos y murciélagos volar por la gran cuadra y luego salir por las ventanas: si

que fué hecho pedazos todo cristal de todas ellas.

Oyóse en esto rumor de caballeros en habla y traspasó la mas lejana de las paredes un rayo de luz amarilla, y poco despues se sintieron ayes que se quiere comprimir y retenidos quejidos, que suspendian al par que hacian estremecer y horrorizaban. Quiso levantarse el Tuerto, mas lo impidió la punta de la espada de Don Quijote. Sancho quedó en guardar silencio, segun le fué ordenado, y en observar el menor de los movimientos del viejo tembloroso.

Llegóse el de la Mancha al agujero por dó la luz entraba, y apagada por Sancho la lámpara del Tuerto, pudo ver Don Quijote y oir el obrar y tratar de los caballeros vecinos, bien que de pie sobre negra y vieja estertería.

Un hombre descalzo daba incesantes vueltas conservando sin remedio su índice de la derecha mano sobre un punto del suelo; mas el camino de sus pasos era una barra de hierro casi candente.

Probaban otros hombres el saber la causa de la muerte de un reciente cadáver, pues, al su decir, la ciencia aun no habia conseguido determinarla, ni ninguno de los doctores su objeto habia logrado; mas al cabo de estar el cuerpo muerto cierto espacio en caliente baño, hubo de notarse como aparecian en el difunto señales como de garra de águila, que no habian roto el humano cutis por parte alguna.

Varios otros señores escribian sobre sus mesas y preguntas dirigian, y hallaban sus respuestas, y réplicas prodigaban y contestaciones habian á la mano sin mas que abandonar las suyas al impulso y movimiento que en sí mismos notaban y sentian.

No pocos observaban los movimientos de inanimados seres, mientras que algunos, los mas experimentados de los concurrentes á la nocturna junta, poníanse en comunicacion misteriosa con los muy lejanos asistentes á otros iguales conciertos y asambleas.

Eran la atmósfera tibia, el hedor constante, los rostros pálidos, inciertos los pasos, saltantes de las órbitas los ojos; roncas las voces, erizados los cabellos, inacabable la serie de extraños aceros instrumentos por mesas y anaqueles.

E hizo movimiento leve Don Quijote, con el cual cesó el hombre de las vueltas las que daba en su círculo de hierro, y mas adelante no pudieron

ya seguir los experimentadores y escribientes, ni los diferentes operarios en su maniobra, antes quedaron todos ateridos y estáticos.

Ordenó Don Quijote, así bien, al Tuerto, por medio de Sancho, hiciese la señal y diese el golpe de mano que manda abandonar la empresa á los caballeros; verificó lo cual, bajaron silenciosos todos ellos por oculto caracol de inmediata estrecha escalera.

No tardando desaparecieron por el campo uno á uno, perdiéndose los mas por la espesura del bosque y lo enredado de la selva; algunos por estrechas sendas entráronse en lo incierto y temeroso de la sombra de la distancia.

Cuando los hombres olvidan sus deberes principales; cuando dan en no ver mas allá de los contornos materiales del mundo; cuando llaman ciencia al hacer del ser racional un mono, y elevan al becerro de oro sobre el desierto de una vida toda ignorante del principio religioso, entonces menudean los crímenes como el atentado contra S. M. el Rey Don ALFONSO XII (q. D. g.) La protesta de FIGARO contra gentes cuyo código es el asesinato, el modo la alevosía, y el fin la impiedad comienza en su número primero y no tendrá bastante espacio en toda su coleccion, por larga que fuere. El infiel al cielo no puede guardar fidelidad á cosa alguna de cuantas existen en la tierra.

Sigue la Compañía dramática Valentin-Baéna proporcionándonos ratos deliciosos, tanto mas cuanto las condiciones materiales de nuestro edificio-teatro, de esa especie de nevera desmantelada, que es capaz de helar al entusiasmo mismo, y el clima burgalés oponen espantosas dificultades. La empresa nada absolutamente escasea, antes se excede á sí misma, y nos presenta siempre, ó novedades bien admitidas ó las producciones mas dignas del culto espectador. La empresa actual dejará memoria y muy buena memoria. Y es bien digna de proteccion.

Enviamos al Sr. Valentin un gran parabien por su desempeño de su papel en *La escala de la vida*. Esa es la Escuela y esas las maneras. Sr. Valentin ¡admirablemente! Y así en lo demás.

A la Sra. Baéna y su elegantísimo modo de presentarse, una corona de flores. Su energía, su alcance están fuera de toda duda. Hay quien sabe apreciar.

¡Un bravo! á la gráfica expresion y característica, y al aplomo y correccion del Sr. Parreño.

Un bellissimo ramillete á la Señorita Bernal, á su dulzura, naturalidad, propiedad y sentimiento.

Dos coronas á nuestro galan joven y al Sr. Gonzalez, y mil plácemes á todos los demás.

Una advertencia: la acústica del teatro de Burgos no permite los *portamentos*, de tan excelente resultado en la mayor parte de los coliseos.

Cárls Bailly-Baylliere, Librero de la Central, del Congreso de los Diputados y de la Academia de Jurisprudencia y Legislacion—Plaza de Santa Ana 10—admite todo encargo de librería.

Imp. de la viuda de Villanueva.